

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 160

MADRID 17 DE JUNIO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



¡SU NOMBRE!—TE PERDERIAS SI LO SUPIERAS.

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

V.

LOS DOS AMIGOS.

(Continuacion.)

Remond se despidió de él rechazándole con dulzura, y es que le abrasaba aquel contacto.

—Te has introducido en casa de madama Deneg, y con todo, nada me ha hablado de ti Emilia.

—¿La viste acaso?

—Ahora acaba de separarse de mí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que nunca ha dejado de amarme; consiente en huir conmigo.

—¿En huir! ¿y cuándo?

—Esta noche; para eso la aguardo.

—¡Infeliz! exclamó Remond con extraño acento, que hizo temblar á Vernon y le asustó.

—¿Infeliz dices? lo fui en efecto cuando viví ausente de ella: mas ahora que vuelvo á encontrarla dispuesta á unir su destino al mio ¡tienes lástima de mí! Explicáte.

—Nada me preguntas.

—Habla, lo exijo. Nada he podido saber de Emilia, porque se desmayó en mis brazos; luego me habló de no sé qué carta.... de una mujer seducida..... de una calumnia: bastó una palabra para justificarme: llegó Marta, y hubimos de separarnos ¿Sabes algo de esa carta?

—¿Qué has dicho ó hecho en mi defensa? ¿De dónde sospechas que sale esa impostura? ¿Será cierto que Emilia la creyó? ¡Habla! ¿por qué tiemblas?

—Porque es preciso que sepas la verdad. Aun es tiempo, Vernon; huye sin verla; no trates de vengarte.

—¿De vengarme! ¿y de quién?

—Eres engañado.

—Por ella ¿no es cierto?

—Emilia está próxima á casarse. Vernon, ahora eres tú el que tiemblas.

—Ya te he dicho que consiente en seguirme.

—Y yo te digo ahora que no te seguirá, repuso Remond asiéndole del brazo, y temiendo le vendiese aquella violencia, añadió con voz sombría, aunque mas sosegada:

—Ya que me obligas á hablar, óyeme sin interrumpirme. Si yo hubiese recibido tus cartas y sabido tu paradero no hubieras vuelto á Francia con riesgo de tu vida. Llegué á Montpeller dos meses despues de tu partida: segun convenimos, procuré ganar la confianza de madama Deneg sin nombrarte: volví á Marsella; á mi segundo viage conocí que ya era tarde para oponer tu memoria á las emociones de un amor naciente....

Vernon hizo un movimiento.

—Déjame acabar, continuó Remond. Importunas fueron las reconvenciones que hice en confianza, y aunque hubieran tenido probabilidades de buen éxito, madama Deneg, que está contra tu persona, las hubiera combatido en el ánimo de Emilia. Quise tentar el último esfuerzo: volví hace algunos dias, y supe que el matrimonio de la señorita Richome era cosa resuelta.

—¿De modo que ese desmayo, no fué hijo del gozo, sino de la vergüenza que la ocasionó mi vista. ¿Tal vez no existe esa carta de que me acusa! acaso no es sino un pretexto para escusar su perfidia! ¿Como penetraria yo el fondo de este misterio? Ella ha tenido un año para engañarme, y yo apenas dispongo de una hora para defenderme de esa traicion, y de mis enemigos. Mas si es verdad que me ha engañado, y que la pureza de su corazon se ha convertido en perfidia, al menos me queda un amigo.

—¿Conoces al que ha sido causa de que olvide sus juramentos. ¿Dime su nombre.

—No te empeñes en saberlo.

—¿Su nombre!

—¿Te perderias si lo supieras!

—¿Y que me importa la vida? Insisto en saber su nombre.

—Cuenta como su amor á Emilia es tan intenso como el tuyo.

—Y ella le corresponde ¿no es verdad?

—Repito que él la ama.

—¿Se halla en este sitio?

—Si.

—¿Y le conoces?

—Si.

—Poco tiempo se necesita para insultar á un hombre, para promover un desafío á muerte: guíame á donde se encuentre.

—¿Vernon....

—Quiero verle.

—Vernon, este es el último consejo... El ha jurado que Emilia será su esposa: le conozco bien: es capaz de sacrificar á su proyecto fortuna, amigos y parientes: no arriesgues tu vida contra un hombre frenético que con perder á Emilia, lo pierde todo.

—Bien: así es como lo quiero, frenético, desesperado cual lo estoy, semejante á mi en todo; ven, partamos.

—No, te lo suplica tu amigo hasta de hinojos, si es necesario; no me dejes el remordimiento de entregarte al verdugo, pudiendo salvar tu cabeza. No, te ampararé apesar tuyo, procuraré alejarte de aquí. ¿Que esperas de ella, despues que te ha engañado?

—No digas eso, Pablo, no lo digas, ó me veré en el caso de acusarte de que tu eres quien aquí miente. Mira; ¿ves aquella luz en su ventana?

—Si; ¿y que?

—Esa es la seña convenida: aquí vendrá en breve: habían forzado su voluntad; pero luego que ha vuelto á verme, sigue al proscrito que siempre ha amado: y he podido creerla culpable. ¡Oh perdona, Emilia, perdona!

—¡Maldición sobre mí! exclamó Remond! todo está perdido! Quedó aterrado y sin movimiento, mientras que Vernón trémulo de alegría, dirigía sus ojos á la ventana donde brillaba la luz que Marta había encendido.

—Dios sea loado! dijo Bernardo saliendo del cenador. ¡Gracias á Dios que llegó á tiempo! ¡Huid Mr. Vernón, huid!

—¿Quién es ese hombre? preguntó Vernón. Como Remond ignorase todavía el imprevisto socorro que le llegaba, no estaba en aptitud de proferir una sola palabra.

—Nada temáis, estoy al servicio del caballero, é instruirle de vuestro regreso; me encargó que velase por vos. Os buscan: acaban de entrar un oficial, varios soldados y agente de policia en casa de madama Deneg, van á registrarla, y aun es tiempo de que huyais.

Remond vuelto en sí, y advertido por una seña de Bernardo, dijo:

—Vé en busca de la señorita Richome, y dila que Vernón está en seguridad, y que no se asuste.

—Y he de irme sin ella! exclamó el proscrito.

—Es preciso ¿quieres que te arresten, para que mueras de pesadumbre? ¡Salvate siquiera por ella, ya que estás seguro de que te ama.

—Pero se la abandono á ese rival que me la ha disputado.

—¿Y la defenderás de él sobre el patíbulo? ¡Insensato! oye, ¿dónde pensabas refugiarte con ella despues de vuestra fuga?

—En la playa y en la choza de un pescador llamado Simondel.

—Conserva ese nombre, Bernardo, y tu acógete á ese asilo donde te llevaré á la señorita Richome, luego que cesen las pesquisas. Vete, vete.

Todavía quiso oponer Vernón alguna resistencia, mas acabó por ceder.

—Yo, dijo Bernardo, voy á desorientarles, mientras ganais algunos minutos. Es decir, añadió en voz baja y alejándose, que voy á buscarlos. Pueden llegar ahora, y necesitamos testigos para lo poco que falta. (Continuará.)

EL DUQUE DE ORLEANS,

CAPITULO IV.

FONTAINEBLEAU—1837.

(Continuación.)

Por la noche del día siguiente el palacio relumbraba de luces, y, de fuera, en medio de esa claridad que aumentaban aun las hachas y antorchas elevadas por la servidumbre, se veía en los salones y las inmensas galerías desfilar la comitiva; esta pasó de la galería de Enrique II á las dos capillas, y al fin de la escalera del rey se paró.

El príncipe y la princesa real, solos, traspasaron este límite.

Se volvió á Paris para las fiestas, á las que el pueblo estaba convidado. Todo el mundo conserva el recuerdo de la entrada solenne de la princesa, y de la acogida que esta obtuvo; fué un triunfo general, espontáneo y completo.

Quien no hace memoria de Versalles y de su maravillosa inauguración; las fiestas de la villa de Paris fueron entristecidas por los acaeci-

mientos del campo de Marte; la turba multa entera habiéndose imprudentemente dirigido hácia una de las rejas, varias personas fueron despachurradas. A esa fatal nueva se enternecieron; recordaron tristemente el siniestro agüero del enlace del Delfin (Luis XVI); la plazuela de la Concordia había entonces sido testigo de desgracias semejantes á las del campo de Marte.

El baile de la casa de villa fue emplazado, el Príncipe Real hizo distribuir abundantes limosnas; dió orden de suministrar todos los socorros que exigía el estado de los heridos; concedió pensiones, dió á los pobres 162.000 francos (648 000 rs. vn.) para comprar libros de la caja de ahorros, que debían recompensar los trabajos de los niños, en las principales ciudades del reino; destinó 300.000 francos (1.200.000 rs. vn.) á otras liberalidades y como prueba de buen recuerdo, envió 30.000 francos (200.000 rs. vn.) á los obreros de Lyon.

Con que tacto tan tierno el Príncipe Real había dispuesto todos los preparativos de esa unión! Cada pieza del ajuar de la Princesa Real atestiguaba de la delicadeza de sus provisiones. Había solicitado el auxilio de todas las artes; había querido que los mas mínimos pormenores pudiesen probar su gusto y su amor; había una dulce afectación en esa vanidad del corazón y de la mente.

Cuando veíamos alegres esas distracciones tan brillantes, cuando en esa compañía de artistas que las fiestas habían reunido, Camilo Roqueplan, Clemente Boulanger y Hlagman, los tres genios del castillo, pasabamos dias tan felices ¡qué lejos estábamos de las amarguras de la avenida de Neuilly!

CAPITULO V.

RETRATO.

La juventud del Príncipe Real había tenido dos fases muy distintas. Antes de 1830 lejos del trono recibió la educación mas liberal, la que convenia mejor á los ciudadanos mas selectos, libre fué de ese aparejo de condescendencia y de adulación que no se puede jamás deterrar completamente de las cortes; esta fue pública; puso de una vez el alumno en medio de las relaciones comunes de la vida social y le inició francamente á las costumbres de su época.

En vano buscarían para los que amenazan el trono, una condicion de enseñanza tan favorable como aquella; la prevision de una grandeza futura alterará siempre la igualdad presente.

Despues de 1830, cuando los acontecimientos, le pusieron sobre las gradas del trono, empezó para él el aprendizaje real. Pero estaba entonces fortificado por el vigor de la educación popular que había recibido; había visto por sus ojos la verdad que no podia ya disfrazarle; sus costumbres le protegían contra las falsedades que hubieran tratado estraviarle.

Asi pues, esta segunda parte de la tarea intelectual fue dirigida por el mismo con una infalible seguridad.

Esta importante posición fue una dicha de la que supo sacar ventajas incalculables que un día solo por desgracia, debía aniquilar.

No nos mostraremos sospechosos de ponderación, diciendo que la naturaleza le había dotado de todo lo que podía secundar estas disposiciones. Estaba abundantemente provisto de las cualidades mas amenas; omitiremos las gracias de lo exterior que le distinguía; todos los que han tenido la honra de acercarse de su

persona recuerdan hasta qué punto poseía no sabemos qué poderoso atractivo de apego y de seducción; pero lo que aparecía al pronto eran una bondad inagotable, una generosidad sin igual, una constante facilidad de humor, sin que nada costase al valor y á la fuerza de sus pensamientos y de sus acciones, y á la dignidad de su actitud, era naturalmente grande y naturalmente bueno.

Lo que mas asombraba eran el tacto y sentimiento exquisito de las conveniencias, de las que nunca se desvió.

Su opinión en los negocios públicos tenia una franqueza discreta, de la que nada le hizo desistir; su sentimiento político era libre, pero su expresión no alejó jamás de la deferencia y del respeto; nadie, mejor que él, supo conciliar el deber y la independencia; todas sus ideas y todas sus afecciones jóvenes, progresivas, pero sabia vencer la experiencia.

Pocas personas, cualquiera que sea el rango que les haya asignado su origen, han recibido una educación tan esmerada que la del duque de Orleans. Su espíritu tenia una curiosidad enciclopédica que se complacía en recorrer con rapidez todo el dominio de la inteligencia; sin aspirar al saber universal, abrazaba gustoso una gran variedad de conocimientos. Para los que conversaban con él era un continuo motivo de sorpresa que la agilidad, la prontitud y la facilidad de esa conversacion, que, sin esfuerzos y por un contorno natural, trataba de todos los asuntos y se entregaba á todas las exigencias de la discusión.

Su elocucion era facil y elegante sobre manera; tenia un atractivo al que se sustraía uno con dificultad; dos asuntos había, en los cuales su dición llegaba siempre hasta la elocuencia, eran la gloria militar y las bellas artes; no podia tratar de esas cosas sin entregarse á un entusiasmo todo poético.

Este profesaba el culto de lo primoroso, lo buscaba con conciencia en todas partes donde esperaba hallarlo sin acepción de fechas ó de doctrinas; pero tenia un celo particular para conceder á su siglo lo que las edades ya trascurridas habían producido de sobresaliente. Su admiración por las obras maestras de todas las escuelas ilustres era viva y apasionada; pero este reservaba sus alabanzas y liberalidades para la generación de artistas que le rodeaban. Entraba en lid con el ardor de sus predilecciones, y con la voz y el gesto llamaba, animaba, escitaba y protegía el progreso.

No era en la adquisición de prodigios antiguos que animaba el arte contemporáneo, era pidiéndole milagros nuevos.

Para jóvenes artistas, fue realmente Príncipe Real y digno hermano de la princesa Maria, con la cual tenia tantos puntos de conformidad.

Todas las bellas temeridades del arte moderno encontraban en él una providencia manifiesta que les consolaba de los disgustos y de las injusticias.

Barye Ary Scheffer, Julio Dupré, Antonin Moine, Luis Cabat, Eugenio de la Croix Decamps, los Johannot, Camilo Roqueplan, Luis Boulanger, Hlagman y tantos otros estaban ocupados de obras continuas; este confiaba á sus talentos su vagilla, sus muebles, los ornamentos de sus habitaciones, los dibujos suntuosos de sus armas, los pormenores de la opulencia que correspondía con su rango, todo el adorno de su existencia de príncipe. Entretanto este adquirió la Stratonicé del señor Ingres, y obtuvo la inmortalidad de un retrato.

(Continuará.)

TEATROS.

CRUZ.

A las ocho y media de la noche. Tercera representación de

LA COJA Y EL ENCOJIDO,

comedia nueva, en tres actos: original de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

PERSONAJES. ACTORES.

Adela Sras. Perez.

Gregoria
Tomas
Don Fabian
Don Rufino
Don Silvestre

Sampelayo.
Lapueta.
Sres. Lombardia.
Lumbreras.
Lopez.

Boleras con la jota de la pata de cabra.
Terminará la función con un divertido sainete.

PRINCIPE.

No hay función.
Mañana domingo se pondrá en escena por última vez el drama nuevo, original, de grande espectáculo en cuatro actos y en verso, titulado

GUILLELMO TELL.

El lunes próximo se pondrá en escena la comedia nueva, original, en tres jornadas y en verso, escrita por uno de nuestros primeros literatos, titulada: El Crisol de la lealtad.

CIRCO.

A las ocho y media de la noche.

BELISARIO,

ópera seria en tres actos del maestro Donizetti.